



P. MIGUEL ARTEAGA

† en Coro 18 Enero, 1934

P. EVARISTO IPINAZAR

† en Caracas 19 Setiembre, 1936

H. JOSE OÑAEDARRA

† en Caracas 21 de Mayo 1937

P. FELIX PECINA

† en Caracas 23 Julio 1938

P. JOAQUIN DE HITA

† en Caracas 11 Diciembre, 1938

P. FRANCISCO ARISTU

† en Caracas 30 Marzo 1939

P. JOSE ERRASTI

† en Caracas 31 Agosto 1939

P. HERMOGENES BASAURI

† en Caracas 3 Setiembre 1939

P. JOSE M. QUIROS

† en Caracas 27 Setiembre 1940



In Memoriam

La gran voz fué diciéndoles: "¡Ven!..."

Y uno a uno —como el fiel operario que deja el arado en el surco cuando las estrellas encienden su luz temblorosa en la del sol que muere— acudieron a la voz que los llamaba al descanso.

Antes, la gran voz les había dicho: "¡Id!..."

Y vinieron.

Como al soplo del otoño viene el germen, que en primavera viste de colores perfumados el oculto rincón de nuestros valles.

Y vinieron de aquella tierra fuerte y amable que lleva hierro en sus entrañas y regala flores en sus praderas rientes.

Y vinieron de aquel viejo reino, cuna de héroes y solar siempre fecundo de la hidalguía.

Y vinieron de las plácidas llanuras, abiertas como el corazón de sus hijos.

Y vinieron de ese pedazo de tierra que, en conjunción de amor, une dos continentes en fuerte abrazo.

Y se ciñeron al trabajo.

En alto los ojos, nublados tal vez de lágrimas, hicieron la siembra de luz y de bien.

Y de sus huellas hicieron camino a la patria muchas almas.

Por eso fueron bienmados de Dios y son bendecidos de los hombres.

¿Quién no los recuerda?

Aqué! fué el hombre bueno. Dulzura regalada en sus labios, y en sus ojos sencillez deliciosa.

Y aquél, padre de los futuros ministros de Dios, en cuyos corazones puso el óleo de los amores divinos.

Sólo tú, entre ellos, no fuiste ungido por manos pontificales. Pero Dios ungió tu alma con humildad laboriosa.

¡Y tú... dulce mitad de mi alma! ¡Aún te lloran en sus mañanas los lirios de la Sierra Nevada!

¡Caballero y sacerdote!... ¡La Soledad, sin ti, está más sola!

De tus ojos hicieron senda de luz las almas que aún te lloran huérfanos.

Y tú, alma de niño, en cuerpo de anciano.

Ciencia de hombres en tu frente y ciencia de Dios en tu espíritu.

¡Hermano de las flores! ¡Aún flata entre nosotros el perfume de tu recuerdo!

* *

Quando la gran voz fué diciéndoles: "¡Ven!..." reclinaron en el surco el arado; como el obrero fiel, cuando las estrellas encienden su luz en la del sol moribundo.

Y, llena de gozo el alma y en las manos victoriosas el fruto de sus sudores, fueron recibiendo en su seno, del Señor de la mies, la medida repleta y generosa.

Julián Barrera, S. J.